

Autofagia

José María Veiga

Bramhmakaputra decidió devorarse a sí mismo. Aquella firme decisión le había llevado mucho tiempo de reflexión y meditación profunda que se traducían en una pasmosa quietud sobre todo lo que le rodeaba. El vacío le parecía cada vez más frío y los cuerpos de la tercera dimensión se movían cada vez más pesada y gelatinosamente, atrayéndose o repeliéndose entre sí en una danza cósmica de luz indescriptible.

Bramhmakaputra no era un dios, pero se le parecía bastante. Tampoco era un ser de escasa complejidad y sabía con absoluta certeza que podía morir; su alma determinaría el cuándo, en etéreas briznas de futuro áureo. Todo cuanto existía en aquel universo le rendía obediencia y sumisión; todo estaba para él y él era el centro de todo.

En alguna era ignota, frágil como un momento, imperceptible para alguien como él y como si fuera una nebulosa estelar en crecimiento, se le cruzó la idea de que era inmortal. Pero aquello solo fue un fugaz pensamiento, una abstracción de sus múltiples dimensiones.

Con el devenir de las eras comprendió que el hecho de vivir tanto no le garantizaba la inmortalidad. Al final de cuentas moverse en el multiverso con sus diez dimensiones le estaba resultando aburrido; crear algunas formas de vida aquí y allá, jugar con los cúmulos de galaxias provocando que colisionen entre sí o enfocar los chorros de radiación cósmica hacia algún sistema estelar moribundo, le resultaba extremadamente tedioso.

De vez en cuando la explosión de una estrella hipergigante lo sacaba de su colete, haciéndole recordar otros acontecimientos más cálidos, misteriosamente prometedores y entretenidos.

Sentía aquellas sensaciones desde el primer segundo de su existencia como una exhalación interdimensional, como saltos de energía que de a poco se iban transformando en materia o se desvanecían en intrincadas hilachas de gravedad que empujaban mundos, aglomeraban galaxias, fabricaban negruras de una profundidad inaccesible o aplastaban sistemas planetarios en segundos.

Aquel momento de majestuosa claridad, el nacimiento de su estructura multidimensional, sus hermosas extremidades supercalientes o ultrafrías, eran recuerdos futuros de un presente ignoto materializándose en su quinta dimensión, reflejándose como eventos catastróficos en las otras nueve dimensiones de su ser.

Era capaz de mirarse a sí mismo en un presente infinito, flotando en un caldo de materia y energía sobre el que se iba configurando su ser, mientras su conciencia tomaba control sobre la esencia de todo lo que existía a su alrededor, el control sobre el absurdo del caos.

Sin embargo, en todas aquellas vivencias luminosas encerradas como un tesoro en un presente incambiado, no conseguían encontrar la tempestuosa calma de la inmadurez perdida.

Nada le resultaba lo suficientemente sosegado. Nada.

Todo aquel entramado cósmico atemporal y superlativo le resultaba insano y cruel. Fue en aquel minúsculo instante, en el que la idea de engullirse a sí mismo explotó en la intrincada matriz de sus incontables pensamientos como si se tratase de una estrella a punto de nacer, blanca, radiante, vigorosa, imparable, inmaculada.

Aquella idea se forjó dentro de su Yo como una pregunta de la que sabía con certeza que nunca tendría la respuesta, por lo menos no para él: ¿qué pasaría si se devoraba a mí mismo? Bramhmakaputra comprendió al cabo de los eones que debía dejar de ser, inmolarse en la infinitud de los mundos, devorar una a una sus diez dimensiones para que otras formas de conciencia existencial, que serían más que solo vida, tuvieran su oportunidad.

La idea inicial le trajo otras ideas luminosas: ¿no sería este el designio antológicamente magnífico de algún ser superior más antiguo que él? O quizá: ¿no será todo cuanto le acontecía el producto de aquel vasto sentimiento de soledad universal?

¿Él, acaso, no había querido y amado hasta el hartazgo todo lo que era y le rodeaba? ¿No había acaso jugado, organizado, fabricado y demolido la materia y la energía a su gusto y antojo?

Aun así, Bramhmakaputra no había logrado quitar de sí la abstracción de su dimensión cosmo-céntrica remolineando alocadamente en su interior.

Fue así, que habiendo tomado él, Bramhmakaputra Devanshi, aquel glorioso camino de la autofagia, sus diez dimensiones vibraron acoplándose una tras otra, superponiéndose gobernadas por el tiempo incontenible que era el alma de su sempiterna esencia y que en él, contenía leyes propias.

El tiempo, su cuarta dimensión y su alma, sería lo último en ser engullido y entonces, todo estaría consumado.

Y así fue como Bramhmakaputra Devanshi fue feliz.

.....

Los picos del Himalaya se recortaban sobre un azul opalino como si fueran los dientes triangularmente afilados de un tiburón, ávido por devorar a su presa.

Era posible escuchar el silencio estremeciendo de quietud los tímpanos de los quebrantahuesos, mientras permanecían inmóviles sin levantar el vuelo.

Un poco más abajo el Brahmaputra dibujaba una delgada y contorneada línea oscura sobre la virginal nieve asentada sobre la pendiente cercana al monte Kailash. El río discurría pacíficamente desde su nacimiento en el glaciar Kubigangri para morir majestuosa y conjuntamente con su hermano el Ganges en la bahía de Bengala.

Sobre la ladera occidental del Kailash se podía observar un pequeño templete erigido en honor a la sagrada Familia del Señor Shivá, así como a la diosa Párvati que sostiene amorosamente entre sus brazos al dios Ganesh. El sol de la tarde daba de lleno en la entrada principal donde se erigía incólume una estatua de Ganesh, cabeza de elefante y cuerpo de joven, de mirada tierna y salvadora. La sombra que proyectaba la trompa dejaba a oscuras otra estatua más pequeña de sus padres Shivá y Párvati en posición de contemplación de su hijo. Shivá apuntaba con una de sus cuatro manos a Ganesh mientras le sonreía complacido.

A medida que uno se acercaba al pequeño templo el silencio iba perdiendo su pureza dejando paso a sonidos al principio casi imperceptibles, deslizándose por el aire en monótonas y repetitivas melodías, enriquecidas por un mantra apenas entendible:

Om...Kshipra Prasadaya Namaha

Om...Kshipra Prasadaya Namaha

Om...Kshipra Prasadaya Namaha

Om...Kshipra Prasadaya Namaha

Om...Kshipra Prasadaya Namaha

Por una pequeña abertura ornamentada hasta el hartazgo con estatuillas de Shiva y Párvati, se colaba el mantra que debía repetirse 108 veces durante cuarenta y ocho días. Por el cansancio de una veintena de voces, podía deducirse que el cantico estaba llegando a su fin.

En el interior, de pequeñas dimensiones, la pequeña figura naranja del Lama contrastaba con la pared posterior del templo abarrotada de estatuillas de dioses y diosas mezclados con figuras humanas, posiblemente sacerdotes y monjes. Todo aquello se presentaba amontonado y apretujado, lleno de colores gastados por el paso del tiempo, emplazado en un aparente caos escolástico, una especie de progresiva desorganización para, finalmente, volverse homogéneo con aquel ambiente escaso de luz, de sopor indiferenciado que parecía ir diluyéndose, perdiéndose en la visión del todo su identidad.

El mantra se detuvo en la cuenta ciento ocho del día cuarenta y ocho. El silencio del Kailāsh se apoderó del interior del templo. Las sombras de las figuras de hombres y estatuas acompañaban el paso de los segundos con nanométricos desplazamientos, que seguían los caprichos de la luz solar que penetraba por una especie de ventana-respiradero situada en la pared oriental.

El Lama, como el resto de los monjes permanecía en posición de loto, el torso tieso y perfectamente recto, los ojos cerrados y el rostro inexpresivo.

El Lama fue el primero en abrir los ojos y lentamente recorrió con la mirada a cada uno de los monjes. Pensó en lo trascendental de ese día y en las sagradas revelaciones que Ganesh le había hecho conocer para que él, de igual modo, las transmitiera a sus hermanos.

- *Hoy el hombre ha conocido y sabe lo que no puede conocer ni entender, lo que le es inaccesible* –dijo pausadamente.

Luego entrecerró nuevamente los ojos como para darle mayor importancia a la noticia que venía, a la buena nueva que no era dominio de Ganesh, que no le pertenecía a Párvati y que no involucraba a Shiva. Era de alguien mayor y más antiguo, que había sido y que ahora era en todos, incluso en la sagrada familia de Shiva. Era el que debía revelar el misterio incognoscible a través de las dimensiones del cosmos.

El Lama volvió a abrir los ojos muy lentamente, sonrió aunque un rastro de nerviosismo podía observarse por las pequeñas gotas de sudor que se agolpaban, pequeñas y brillantes, en su frente.

Y todo le fue revelado.

La idea primigenia explotó en la intrincada matriz de sus incontables pensamientos como si se tratase de una estrella a punto de nacer, blanca, radiante, vigorosa, imparable, inmaculada.

Comprendió al cabo de muchos mantras y siglos y eras que el secreto era dejar de ser; inmolarse en una infinitud de ocasos, devorar una a una sus extremidades para que otros pudieran ser.

Le fue revelada el alma del antiguo capturada en la percepción de una dimensión huidiza, relativa y ambigua.

Entonces, sin más preámbulos el Lama comenzó a devorarse a sí mismo. Los demás lo siguieron, impávidamente, sin demostrar dolor o queja.

Y mientras se devoraba supo que su cerebro, la residencia de la verdadera dimensión del tiempo, el hogar del alma de Bramhmakaputra Devanshi debía ser lo último en ser engullido y entonces, solo entonces, todo se habría consumado.